

—Matar!---- descuartizar!---- aniquilar! repetian en coro las viejas, hechas unos energúmenos.

—Ya habeis comprendido lo bastante para la hora del peligro, ahora---- dadme una limosna para hacer oraciones y preces y otras cosas que traigan sobre nosotros el favor del cielo.

Aquí hicieron un gesto las devotas, y las viejas dijeron un "sea por Dios" que aplacó en cierta manera el entusiasmo clérico-revolucionario de aquel motin anfibio.

Recojió el fraile lo que pudo y se marchó en seguida á la iglesia, pretendiendo continuar en ella su alboroto.

—Idos de aquí, le dijo un anciano sacerdote, nuestra mision no es esa, no profaneis la cruz con hacerla bandera de revolucion, rogad al cielo por la paz entre los cristianos y no exciteis á la sangre ni á la matanza.

—Es que los impíos atentan contra la religion.

—La religion no necesita de nadie para su defensa, ella es sagrada y se sostiene por sí misma; vosotros, vosotros sois los que la desprestigiais.

—Como se entiende? preguntó fray Angel un tanto desmoralizado por las palabras del sacerdote.

—Se entiende de esta manera: si continuais conmoviendo al pueblo con vuestros desatinos é impertinencias, é impidiendo con estos desórdenes el que la autoridad haga libremente uso de sus facultades para organizar lo que juzgue mas conveniente, os hago salir de esta demarcacion.

—Sin duda sois partidario de los insurgentes.

—Fray Angel, dijo indignado el sacerdote, soy partidario del cristianismo, que nos manda aplacar las pasiones y arrodillarnos delante de los que van á matarse, para impedir que la sangre corra y las almas se pierdan.

—Eso no es de mi incumbencia y no permito que----

—Su paternidad, dijo el sacristan, no sabe que habla al señor cura eclesiástico.

—Eso es otra cosa, yo no lo sabia y le pido perdon.

CAPÍTULO VIII.

ACTO SEGUNDO.

I.

Hemos presentado en un golpe de vista el cuadro sombrío del castillo de Granaditas la tarde del 28 de Setiembre de 1810, en que fué asaltado por el ejército independiente. Permítasenos descender á particularidades.

Fray Angel de la Divina Infantita, á quien habia sorprendido en Guanajuato la revolucion, salió corriendo por las calles de la ciudad con un gran Cristo en la mano, anunciando que la turba impía se acercaba y que era preciso combatirla y exterminarla.

Una turba de viejas, beatas y devotas de ambos sexos formaron el motin y juraban defender la sagrada religion.

Fray Angel hacia una segunda edicion de los sermones que el antiguo maestro de aposentos predicaba á su vez en Valladolid.

—Matar!---- descuartizar!---- aniquilar! gritaba el fraile, tal es vuestro deber como ovejas del Señor.

—Id con Dios, fray Angel.

El fraile se lanzó rechinando los dientes, entre las burletas de las viejas y la sonrisa sarcástica de los beatos.

II.

Entróse en el meson donde estaba alojado y se encontró con un fraile, de la misma orden del Cármen.

El personaje era alto, enjuto, los ojos sombríos rodaban como dos carbunclos en aquellas órbitas pronunciadas.

No era la penitencia austera la que habia causado aquel estrago, sino los gritos de la conciencia, los clamores del corazón.....!

Aquel desgraciado creía que con las vigiliias y cilicios aplacaría el remordimiento que le devoraba, y debilitado por el ayuno, su constitucion nerviosa se exaltaba mas y mas hasta el amago de la locura; estaba preocupado, sombrío, absorto, próximo á un acceso de *lipemania*.

Aquel hombre era el antiguo inquisidor Nuñez de Clavijero.

La noche que recibió la visita de la gitana estuvo á punto de perder el juicio; aquel siniestro aviso permanecía grabado con caracteres de fuego en su memoria: "ha jurado beberos la sangre." Si ya no la tengo! decia el fraile viendo sus manos secas y descoloridas, si apenas laten mis pulsos y tiene aliento mi corazón!.....

El histérico produjo el fenómeno de la reaccion; aquel espíritu apocado y miserable se exaltó con la fiebre de la desesperacion, y tornó á levantarse con la energía de la juventud; se creyó fuerte para combatir, lo habia sido para martirizarse hasta languidecer, y lo seria para tornar á la vida, para emprender la lucha contra un vaticinio, y contrariar si era posible la implacable sentencia que pesaba sobre su frente.

Su intencion vengadora lanzó la vívida llama que precede al apagamiento del espíritu; aquella cabeza envuelta en la oscura capucha de la mortaja, se sacudió atrevida, los nervios tomaron el temple del acero y la voz las vibraciones de la fuerza y de la pujanza.

No se dejaria arrancar impunemente la vida; entre su perseguidor y él mediaría un mar de sangre, estaba resuelto á todo.

Colgó el cilicio y los gárfios, arrojó de sí el cráneo humano que tenia sobre su mesa en las horas místicas de la contemplacion, cerró los libros santos que habia bañado con sus lágrimas durante tantos años, y ciñó el acero bajo sus hábitos: se improvisó en un soldado de las cruzadas.

Abandonó la celda que habia juzgado como el último asilo de sus dias, como el postrer horizonte de su vida..... de allí debia salir para el sepulcro; pero Dios le reservaba otro destino: tras aquella puerta donde se veía el signo de la redencion rugia la tormenta del mundo que le asustaba, y sin embargo, era necesario entrar en él sin vacilar; porque el destino habia llamado á los muros del convento y era necesario obedecer.

Nuñez de Clavijero aceptó entero el porvenir y se lanzó á la lucha con la desesperacion de un condenado.

III.

—Hola! dijo fray Angel, su paternidad por estos mundos!

—Sí, creo que ha llegado el momento en que la religion necesita de nuestro brazo, he oido el toque de alarma y me presento como el primer soldado de nuestra fé.

—Señor de Clavijero, nuestro entusiasmo está calificado punto ménos que de herejía por el cura eclesiástico, quien me ha puesto á dictorios hecho un mártir.

—Eso no importa, nosotros tenemos ya trazada la senda, é iremos sobre ella pese á quien le pesare.

—Señor Núñez de Clavijero, la ciudad se encuentra en este momento muy mal parada; el intendente se ha encerrado en Granaditas.

—Pues marchemos al castillo, allí venderemos caras nuestras vidas; porque esos hombres no nos perdonarán.

—Teneis razon, marchémonos.

Los dos frailes se pusieron en camino, llegaron á Granaditas cuyas puertas se les franquearon como á todo español, y despues de armarse esperaron la llegada de los insurrectos.

El ataque comenzó de una manera vigorosa. Núñez de Clavijero buscaba entre aquella masa de combatientes al hijo de Marroquin que habia jurado su muerte; creia verlo en todas partes y rogaba á Dios desde el fondo de su alma que lo hiciese desaparecer; porque el inquisidor tenia un terror pánico.

Animado por la fiebre del miedo, no al peligro sino á su ángel malo, hacia fuego con su fusil desde lo alto del edificio y no temblaba ante el abismo que el peligro abria á sus pies.

Una piedra le habia hecho una ligera herida en la cabeza, y la sangre caia por su rostro; sacó su pañuelo, se vendó fuertemente y continuó en su tarea con mas ardor.

—Si al ménos muriese aquí, pensaba el desgraciado, no veria á ese hombre, ni sentiria el hiel de su puñal; ¡qué horror!----- es necesario caer como bueno, bajo esta bandera, recibir la muerte cuando ménos la espere; ¡Dios mio! ¡Dios mio! oye mis súplicas!-----

El combate continuaba, y la gritería terrible, y las detonaciones y la muerte; aquello era un vértigo de sangre, una tormenta implacable de fuego.

Fray Angel, que era bueno para la *proclama*, no servia para la guerra, así es que se escondió en la *troje* del dinero y desde allí rogaba al cielo por el triunfo de los españoles.

—Fuego! fuego! gritaban los defensores del castillo al ver incendiarse la puerta.

—Carámbano! gritó el fraile, esto sí pasa de castaño á oscuro! véamos por donde puede escaparse; pero ántes es necesario habilitacion.

Rompió uno de los sacos del dinero y se surtió de oro hasta los manguillos, salió al patio que en aquellos momentos era tomado por los insurgentes y retrocedió espantado.

—Venid, venid, le gritó Clavijero, probemos á salir, y tomándole por una mano lo sacaba entre la multitud que no se percibia de ellos en el ardor del combate.

Un grupo numeroso de insurgentes les impidió la salida, arrojándolos hasta la mitad del patio é interponiéndose entre ellos como un choque de mar entre dos náufragos.

—Estoy perdido! exclamó fray Angel, y al sacudir sus brazos cayeron las monedas de oro.

Los indios que le cercaban se apercibieron instantáneamente y pudieron fijarse en el infortunado fraile.

—Muera! gritaron cien voces.

El desgraciado se puso de rodillas suplicante; pero esa palabra no era escuchada en aquellos momentos y la turba cayó sobre él como un azote de tempestad y lo hizo pedazos.

El cadáver mutilado de fray Angel quedó desnudo y perdido entre el tumulto.

Núñez de Clavijero vió la muerte de su compañero, y armándose de valor, siguió al cura Septiem, que se abrió paso hasta fuera del castillo entre una nube de proyectiles.

—Para! para! gritó una voz ronca y estentórea; vas á morir, asesino de mi padre!

—El! él! murmuraba el inquisidor, y seguia su fuga sintiendo sobre los suyos los pasos de su enemigo.

IV.

La noche había caído y el recinto era alumbrado por las teas, reflejando sobre aquel cuadro de pesadilla, rostros descompuestos por el furor, fisonomías siniestras, miradas sombrías, cabelleras ensangrentadas, cadáveres hechos pedazos, y en medio de estos horrores oíanse clamoreos y gritos salvajes y maldiciones.

En medio del patio se dejó oír una algazara como la del infierno: un hombre cubierto de harapos ensangrentados arrastraba por un pie á un cadáver mutilado que llevaba de fuera el corazón y las entrañas.

—Ya va uno!..... ya va uno! gritaba furioso, y después soltaba una carcajada terrible, estridente y espantosa.

—El loco! el loco! decían los soldados.

—Ya va uno!..... ya va uno! y continuaba arrastrando aquellos despojos sobre los cuales daba el reflejo de las teas.

—A quién llevas ahí, Pedraja? preguntó la conocida voz de Marroquin.

—A fray Angel, respondió el estudiante con ferocidad; ellos me han arrebatado á Rosalía y he jurado vengarme ¡Ya va uno!..... ya va uno!

Como si aquel recuerdo hubiera exacerbado su alma, rechinó los dientes, vió al cadáver al soslayo y lo agitó con furor golpeando el cráneo sobre las losas.

Marroquin alumbró con la tea, y sus ojos se abrieron como si fuesen á escapársele de las órbitas.

—El!..... él! decía con voz ronca, no lo he olvidado..... estaba junto al inquisidor la noche del tormento; él ordenó al verdugo la muerte de mi padre!

El torero sacó un puñal, y como un buitre se lanzó sobre el cadáver de fray Angel, y lo hundió por tres veces en su pecho.

—Así, exclamaba, así..... pero con todos ellos..... hace un momento que me ha parecido ver al inquisidor entre el tumulto; le he gritado y se me ha perdido entre las sombras; pero yo le buscaré hasta encontrarle!

En el cementerio de Belén se dió sepultura á los muertos.

A la media noche llegaron unos frailes del mismo convento con un cadáver amortajado, que depositaron en un sepulcro distante de la fosa comun.

Era el intendente Riaño, que hacia siete horas se encontraba en la plenitud de su poder y en el apogeo de su fortuna; el caballero del hábito de Calatrava que descendía á una tumba humilde; porque el libro de su destino acababa en una hoja oscura como la noche de la vicisitud y del infortunio.

V.

Al día siguiente, 29 de Setiembre, el ejército celebraba el cumpleaños de su caudillo.....

Hidalgo estaba en su alojamiento, donde recibía á sus amigos que lo felicitaban con entusiasmo.

Presentósele una señora acompañada de un niño, mostrando una grande aflicción: el niño estaba pálido y aterrorizado.

Hidalgo recibió á ambos con aquella dulzura y amabilidad que le eran geniales.

—Señor, en mi casa hay un depósito perteneciente al señor Posadas, que ha muerto anoche en la noria, y el pueblo amenaza saquear. Vos habeis sido un buen amigo de mi familia, salvadnos!

—Señora, contestó Hidalgo, mi amistad no degenera; sean cuales fueren las vicisitudes de esta empresa que he creído de mi deber afrontar, soy el mismo hombre de ayer, y os lo voy á manifestar.

El niño veía de hito en hito al cura de Dolores, y después paseaba su mirada indagadora por toda la estancia.

Hidalgo estaba sentado en su catre de camino frente á una mesa pequeña; el héroe llevaba su traje ordinario y sobre la levita un tahalí morado.

En un rincón del aposento había una porción considerable de barras de plata recogidas en la Alhóndiga y manchadas todavía con sangre; en otro, una cantidad de lanzas, y arrojado á la pared y suspendido de una de éstas, el cuadro con la imagen de Guadalupe.

—Centeno! gritó Hidalgo, y al instante se presentó un capitán.

—Estoy á las órdenes de mi general.

—Partireis al momento con esta señora, y defendereis su casa á todo trance de cualquier intento de los que han creído que la revolución se ha hecho para el pillaje; todo queda bajo vuestra responsabilidad.

—Está bien, señor cura.

Despidiéronse la señora y el niño, que entraba en la adolescencia, revelando en su fisonomía las dotes de un gran talento.

Habían pasado unos diez minutos cuando un soldado avisó de parte de Centeno, que no podía contener el tumulto.

—A caballo, señor general! gritó Hidalgo á su joven compañero.

—A caballo, señores! dijo Allende y todos se pusieron en marcha.

Llgaron á la plaza, donde la plebe se revolvía intentando el saqueo.

Allende corrió las espuelas por los ijares de su caballo y se arrojó sobre los revoltosos, dispersándolos á los golpes de su espada.

Hidalgo siguió recorriendo la plaza y mandó hacer fuego sobre unos miserables que estaban arrancando los balcones de una casa abandonada, con lo que la multitud se fué disipando.

Aquel niño cuya madre fué á implorar la protección de Hidalgo en una hora terrible de conflicto, y á quien el héroe amparó hasta salir personalmente á defender su hogar amenazado; aquel niño después de medio siglo tomó en su mano la pluma del historiador y descargó su injusta saña sobre el caudillo, á quien ha puesto su eterno sello la heroicidad y la justicia humana!

Aquel adolescente que escuchaba aún como un eco pavoroso el estruendo de la revolución que había oído mil y mil veces en los días primeros de su juventud, lleva un nombre que se registra en una de las páginas más oscuras de nuestra historia contemporánea: se llama *D. Lucas Alaman*.